

Aunque la Argentina se desmorone, **no voy a abandonarla**

abril/2003 n*2

autor **Santiago O'Donnell**

(Publicado en THE WASHINGTON POST, domingo 25 Agosto de 2002)

Aún en los peores momentos, es una ciudad hermosa, con amplias avenidas, edificios de seis pisos de estilo europeo y balcones de hierro forjado, plazas con estatuas, parques muy cuidados. Pero hoy, algo huele mal en Buenos Aires. Todos los barrios, independientemente de cuán elegantes sean, están llenos de basura maloliente, y no porque los recolectores de residuos no hagan su trabajo. Es que todas las noches, alrededor de las 10, más de 100.000 cartoneros salen de las villas miserias e irrumpen en los barrios. Se apuran para ganarle de mano a los camiones de los recolectores de residuos que inician su recorrido a la medianoche; entonces, rompen las enormes bolsas plásticas depositadas en las aceras y hurgan en ellas.

Vienen familias enteras, tienen disciplina militar: al frente va la madre, dirigiendo a cuatro o chicos en diferentes direcciones, el padre cierra la marcha en la retaguardia empujando un chango en el que acarrea uno o dos bebés y las sobras que van juntando los chicos. Rompen las bolsas y esparcen el contenido porque tienen que trabajar rápido. En estos tiempos, dos o tres pares de manos revisan cada bolsa antes de que llegue el camión recolector. Muchos cartoneros tienen el aspecto de personas que alguna vez pertenecieron a la clase media: la madre con vestido floreado, los chicos con remeras Adidas, pero en los ojos la mirada es de pobreza desesperanzada.

En Buenos Aires, desde las 22 hs. hasta la medianoche, no podemos decir que sea tarde, es la hora de la cena, y para la mayor parte del resto de la sociedad, la vida continúa con su tradicional ritmo caótico. El tránsito es denso, los bifes chisporrotean en el asador y el café exprés aguarda humeante. La gente como uno compra raviolos de pollo en la casa de pastas del barrio, espera el colectivo o corre para alcanzar el tren o el subte.

El ejército de cartoneros avanza ante nuestros ojos y no pronunciamos palabra. Cuando las familias desesperadas pasan apresuradas, nos damos vuelta. "No me miren, no me hablen. No espero que me ayuden, no los asaltaré", es el mudo mensaje que reciben los que aún se deshacen de basura de los que la necesitan para sobrevivir.

Así son las cosas, y esto ocurre a ocho meses de que el gobierno de nuestro país estuviera en manos de cinco presidentes en una semana, de que entrara en default por U\$S 140 mil millones de deuda externa y de que devaluara los depósitos bancarios de 7 millones de argentinos a menos de un tercio de su valor. Así nos manejamos con las familias de cartoneros, el nuevo símbolo de una Argentina en bancarota, anárquica y cínica: miramos para otro lado y las hacemos desaparecer.

Aunque la Argentina se desmorone no voy a abandonarla

Hace veinte años, cuando terminé la escuela secundaria, la Argentina era una nación habitada por los fantasmas de los desaparecidos. Me refiero a las decenas de miles de ciudadanos secuestrados y asesinados por los escuadrones de la muerte militares y derechistas entre 1973 y 1982. Algunos fueron fusilados; muchos fueron arrojados al mar, vivos, desde aviones. Pocos hablaban de los “desaparecidos” durante aquellos años de dictadura bañados de sangre, y no lo hacían por temor a integrar sus filas. Algunas de las madres de los desaparecidos organizaban marchas de protesta en silencio todos los jueves, pero muy pocos registraban el hecho.

Sentía que había perdido mi juventud bajo el dominio de fascistas que prohibían las reuniones de más de tres personas, que consideraban actividad “subversiva” la edición de un periódico escolar, que habían eliminado al pato Donald de los kioscos de diarios porque la relación de Donald con Daisy y con sus sobrinos no era del todo “adecuada” o “clara”. Después, como regalo de graduación, a la clase 1982 se le otorgó el rol protagónico en una guerra sin sentido, sangrienta y profundamente humillante por las Islas Malvinas. En aquellos años yo cumplía el servicio militar obligatorio en la Prefectura Naval. Tuve la suerte de que no me enviaran al frente, en el que fuerzas británicas de elite, equipadas con la última tecnología de la OTAN, abrumaron a los reclutas que, como yo, sólo contaban con rifles de la Segunda Guerra Mundial. Vi regresar a amigos y vecinos en ataúdes de madera.

Cuando la guerra terminó, tuve que escapar de esa Argentina que me daba miedo y a la que aborrecía.

En setiembre de 1982 llegué a los Estados Unidos y me quedé 12 años. Fui a la Universidad de California en Berkeley, a la de Notre Dame, y a la Universidad de California del Sur; después empecé a trabajar como periodista, primero para Los Angeles Times y después para The Washington Post. Me hice de amigos y de un seguro de retiro. Cuando me mudé a Washington, alquilé una bonita casa en la calle Euclid de Adams Morgan, jugaba fútbol todos los domingos en un parque público de la calle Chesapeake, donde los tachos de basura nos servían de arco. Los jugadores eran emigrados argentinos de todas las condiciones: choferes, economistas del Banco Mundial, profesores de gimnasia, hasta en un par de oportunidades vino el embajador.

Después de pasar años jugando los fines de semana al basketball en California y al softball en Indiana, esos partidos de fútbol me producían añoranzas del hogar. Cuando una crisis familiar me hizo regresar a Buenos Aires, el deseo de quedarme fue irresistible. Hacía ya rato que los fantasmas del pasado se habían tranquilizado: los generales estaban en prisión, y las madres de los desaparecidos se habían convertido en heroínas nacionales. Quería volver a casa, a mis calles, a mi gente y a mi familia, a escribir en mi propio idioma sobre las alegrías y los problemas de mi país.

Y había problemas, aunque estaban disimulados por una falsa sensación de prosperidad. En 1994, la economía mundial estaba en auge, los “mercados emergentes”

Muchos cartoneros tienen el aspecto de personas que alguna vez pertenecieron a la clase media: la madre con vestido floreado, los chicos con remeras Adidas, pero en los ojos la mirada es de pobreza desespenanzada.

estaban de moda, la clase media argentina accedía al crédito por primera vez en décadas y se lanzaba masivamente a la compra de heladeras con tarjetas de crédito, autos nuevos con préstamos personales y casas nuevas con hipotecas a 10 o 15 años.

Sin embargo, volví con los ojos abiertos. Desde los Estados Unidos, era fácil ver que la Argentina era aún un país adicto a la deuda externa, con presupuestos sobredimensionados y fábricas cerradas, un país tullido por una corrupción desenfrenada que importaba todo y producía casi nada. El gobierno sólo tenía dos maneras de mantenerse a flote –los préstamos internacionales y la venta de los recursos que eran propiedad del Estado. Las reservas de petróleo de la nación y las redes telefónicas así como los excelentes inmuebles y las rutas aéreas se privatizaron totalmente a precios de liquidación total por incendio- y una vez entregados, ya no podían volver a venderse. Mientras tanto, la invasión de productos importados socavaba las economías regionales, crecía el desempleo de los

asalariados medios y las villas miseria se multiplicaban como hongos alrededor de las grandes ciudades.

Pero era mi país, y los argentinos estamos algo acostumbrados a las catástrofes. Al menos los escuadrones de la muerte no gozaban de libertad de movimiento y los generales no planeaban nuevas guerras. Volví con el corazón contento, me casé con mi novia del colegio, conseguí empleo en un periódico local, saqué una hipoteca a 10 años y me instalé en un edificio de departamentos de seis pisos con fachada de mármol negro en San Telmo, el barrio más antiguo de Buenos Aires.

En los Estados Unidos, la gente pierde el rastro de sus congéneres. Nacen en Chicago pero se mudan a Los Angeles, llegan o se van de Washington cada tres o cuatro años. En la Argentina, eso no pasa. Cuando volví, casi

*Emigrantes con los ojos llenos de lágrimas
esperan la partida de sus vuelos en el
Aeropuerto de Ezeiza, envueltos en banderas
argentinas; están tristes, desesperados.
"Acá ya no puedo vivir", dicen, "quiero irme".*

todos mis amigos de la infancia estaban aún allí, se reunían para picaditos de fútbol en el mismo predio de Astroturf en el que solíamos encontrarnos 20 años atrás.

Todavía jugamos allí cada domingo, pero últimamente, la vida de mis compañeros de fútbol ha cambiado. Coyote, el arquitecto, está sin empleo desde hace siete meses. Lucio, el chef, cerró su moderno restaurante en noviembre y ahora trabaja como supervisor de cocina en una cadena de pizzerías. Pato, que tenía una imprenta, está pensando seriamente en abrir un kiosco de panchos; Matías, el artista, se fue a Chile. Néstor, RRPP, se va a probar suerte en España el mes que viene. Teddy, abogado de empresas, trabajó para una compañía de seguros que cerró, para un banco que dejó de funcionar y para una empresa energética que también cerró y hace poco integró durante casi un año la lista de los desempleados. Rafa, vendedor en una agencia de autos, espera mantener su trabajo haciéndose amigo del hijo del dueño.

Todos estamos de acuerdo en que nunca estuvimos tan mal. La recesión ya va por su quinto año y no muestra

signos de disminuir. Más de la mitad de la población cayó bajo la línea de pobreza; una de cada cinco personas está desempleada, esto es, se triplicó la tasa de los últimos 10 años. La gente que había ahorrado dinero lo perdió cuando el gobierno, en su intento de sacar de apuros a los bancos del país que tenían problemas a fines de diciembre, congeló todas las cuentas de ahorro de tres a siete años y convirtió a pesos las cuentas que estaban en dólares estadounidenses (que eran casi todas). El peso se había mantenido a la par del dólar; valía 70 centavos cuando se convirtieron las cuentas; hoy vale menos de 30, y con la inflación en el 60% y en aumento, los ahorros de toda una vida serán una insignificancia antes de que los titulares puedan hacerse de su dinero.

La inflación está nuevamente entre nosotros y presenta un nuevo giro maligno – hoy los salarios ni siquiera intentan competir con los precios. A fin de mes, el cheque de sueldo vale menos que el correspondiente al mes anterior y hay que cortar algún ítem más del presupuesto familiar: el garaje del auto, el jugo de naranja del desayuno o la TV por cable.

Retiramos el dinero del banco el mismo día en que se acredita el cheque de sueldo porque no confiamos en la entidad. Pagamos nuestra hipoteca en efectivo. Todos guardan el dinero en casa, hecho que dio pie a la última tendencia delictiva: "los secuestros exprés". En los tempranos estadios de la crisis actual, la gente empezó a ser detenida a punta de pistola, era llevada al cajero automático más cercano, obligada a retirar todo y después liberada. Ahora los bancos no tienen dinero, los secuestradores exprés se llevan a la gente, llaman a los parientes y les ordenan pagar, por ejemplo, \$ 200.- Si todo va bien, liberan a la víctima en unas pocas horas.

Esta es la ciudad que hasta no hace mucho era una de las más seguras del mundo.

Los políticos y los empresarios quebrados se dejan crecer la barba y evitan las calles porque tienen terror de ser reconocidos y bañados con huevos podridos, la forma de molestar preferida en los días que corren. Los que se atrevieron a salir sin custodia resultaron golpeados en público.

Después de los partidos de fútbol de los domingos, nos reunimos con mis amigos para conversar acerca de

Aunque la Argentina se desmorone no voy a abandonarla

nuestras familias, de los secuestros, o de la actualidad. Hablamos en voz baja sobre los que se han quedado sin trabajo o tienen problemas. Todos estamos preocupados por nuestros trabajos. Muchos tenemos la idea de que nos mantenemos en actividad sólo porque una ley sancionada el año pasado establece que cualquier persona despedida en el transcurso de esta "emergencia social" tiene derecho a doble indemnización. Pero la ley caduca el próximo otoño y, además, las leyes en este país ya no significan mucho. Tan solo tres semanas después de que el Congreso sancionara la ley que garantizaba la seguridad de los depósitos bancarios, se congelaron esos depósitos y se devaluó.

"¿Y vos, qué hacés acá todavía?" preguntan mis amigos de vez en cuando. "¿No te pasa por la cabeza volver a los Estados Unidos?"

No es una mala pregunta. En el país que alguna vez acogiera a millones de inmigrantes (inclusive a mis antepasados irlandeses hace un siglo), miles de argentinos forman fila frente a las embajadas extranjeras buscando una salida. Los vuelos diarios a Madrid y a Roma salen atestados de pasajeros y vuelven vacíos. Hasta los pueblitos de las partes más remotas de Nueva Zelanda, Canadá, Australia y Sudáfrica son destinos codiciados. Israel, país sacudido por la violencia, recibió a 20.000 argentinos en los últimos 12 meses.

Emigrantes con los ojos llenos de lágrimas esperan la partida de sus vuelos en el Aeropuerto de Ezeiza, envueltos en banderas argentinas; están tristes, desesperados. "Acá ya no puedo vivir", dicen, "quiero irme".

El sentimiento me es familiar, pero esta vez no quiero desaparecer.

Podría meterme en problemas por hablar así pero debo admitir que me gusta cuando el Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, Paul O'Neill, sacude a los argentinos con dichos ingeniosos como: "Es inútil enviarles dinero si va a terminar en una cuenta de un banco suizo". Hubo muchas cosas que no me gustaron de los Estados Unidos, pero extraño el estilo directo de los norteamericanos.

Hay muchas cosas de aquí que me irritan, entre otras, el hecho de que los buenos "contactos" sean más importantes que el mérito, la forma en que nos acostumbramos a hacer trampas y a tomar atajos en todo, desde impuestos a colas de teatros, cómo dejamos que nos gobiernen los mismos políticos con las mismas y antiguas mentiras, una y otra vez. Es triste comprobar lo que le hicimos a un país tan grande y rico en recursos.

Me preocupa no poder legar a mi hijo de 4 años, José, la promesa de un futuro mejor que mis padres me dejaron. Este desastre económico no se compone rápidamente, me parece; la recuperación demandará otra generación de argentinos. Sin embargo, debido a todas las intrincadas razones por las que los seres humanos sienten afecto por su terruño, amo a mi país. No lamento haber vuelto. Si abrigo la esperanza de estar a punto de iniciar un largo y penoso proceso de reconstrucción, tal vez se deba exclusivamente a que cada noche hay más gente que come las sobras y se hace difícil mirar para otro lado. Ellos no van a desaparecer.

© 2002 The Washington Post Company
Traducción: Graciela Pazos



Publicación editada por el INSTITUTO NACIONAL DE TECNOLOGÍA INDUSTRIAL

Diseño e Impresión: Ediciones del INTI • Cantidad de ejemplares: 1200